



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11974

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 9 DE OCTUBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El cultivo del algodón

En distintas ocasiones, ya en las revistas profesionales, ya en los periódicos diarios que se ocupan un poco de todo, lo mismo de política, que de intereses materiales, hemos leído artículos y sueltos escritos con el laudable fin de hacer la propaganda al cultivo del algodón.

Se asegura que en distintas épocas se han hecho ensayos de cultivo más ó menos grande, constituyendo algunos verdaderas explotaciones que se dieron por agotadas no sabemos por qué.

La pérdida de Cuba y Filipinas que nos hace ahora ser tributarios de los extranjeros con respecto al tabaco, nos infunde el deseo de cultivarlo en casa; y reaccionando sobre nuestra apatía, que nos ha hecho despreciar tanto tiempo las fuentes de riqueza que hubieran sido manantiales de prosperidad para el país, caemos ahora en la cuenta de que los millones que gastamos en diversos productos que puede producirlos nuestro suelo, debemos retenerlos en España dedicándolos a la obtención de aquéllos.

Uno de esos productos es el algodón, del cual, repetimos, que se están verificando ensayos, algunos de ellos en la capital de la provincia, y á los cuales presta gran atención nuestro colega «Las Provincias de Levante».

En su número de ayer dice dicho colega que ha tenido ocasión de ver una pequeña flor de dicha planta, procedente de los cultivos indicados, y con tal motivo asegura—y se regocija por ello—que el algodón se da en España en buenas condiciones.

No es bastante una flor para apreciarlo. Pudiera no cuajar y en ese caso resultaría baldío el regocijo del colega.

Pero no es así. El algodón se da

en España en buenas condiciones.

Nosotros que lo hemos ensayado se lo garantizamos

Hace dos años plantamos en Septiembre una semilla que germinó muy bien, resistiendo la debilidad de los fríos del invierno. Cuando al año siguiente vino la primavera, se desarrolló con gran rapidez, se cubrió de hojas en considerable cantidad y á su tiempo floreció tan bien y con tanta abundancia que en esa primera cosecha le cogimos ochenta y ocho limoncillos de blanco y abundante algodón.

Al año siguiente, ó sea el actual, los brotes de la planta se cubrieron de una piaga de insectos; y porque así nos pareció, no porque lo leyéramos en ningún tratado ni porque nos lo aconsejara ningún inteligente, limpiamos las ramas frotándolas fuertemente con un lienzo y la dejamos olvidada en la creencia de que maltratada de aquel modo moriría ó se pasaría el año sin rendir cosecha.

Pero no fué así. El arbusto cobró nueva vida y á los dos meses estaba cuajado de hojas y capullos que pronto se convirtieron en flores y cada una de éstas en un limoncillo.

La circunstancia de haber tenido que realizar obras en el sitio donde floreció la planta, obligó á suprimirla hace dos meses; pero en ese tiempo habían cuajado más de docientas flores, veinte de las cuales ya habían dado fruto. Los demás limoncillos pesaban de tal modo en las ramas que éstas se inclinaban hasta tocar el suelo.

Este ensayo tampoco es concluyente; pero léngase en cuenta que se ha hecho ignorándolo todo, sin saber cuando se pone la semilla, ni cuando se poda el arbusto ni en qué condiciones se riega, ni como se limpia de plagas.

Más si se atiende á eso y se tiene en cuenta que no es ese el único ensayo hecho con una planta sola, pues sabemos que se realizan otros en idénticas condiciones y con igual

resultado, bien se puede afirmar que en la región murciana se puede cultivar el algodón.

Esperamos conocer los resultados que dan los ensayos en grande que se realizan en la capital de la provincia; y si como esperamos dan el mismo fruto, no pasará un año sin que probado quede que el algodón puede ser en España una nueva y abundante fuente de riqueza.

TIJERETAZOS

Dice un colega, que á pesar de lo que se viene hablando respecto á la agitación carlista, el movimiento no estallará hasta el mes de Marzo.

Dios quiera que aborte entre los palos de la policía y la indiferencia del país.

Aunque bien mirado, el país no puede permanecer indiferente ante esa amenaza que, de cumplirse, le acararía de poner en ridículo.

Bastante en evidencia lo han puesto los últimos decretos para que se avenga á sufrir uno más.

En Madrid se ha fumado sola en una expendeduría de tabacos.

Lo dice un telegrama y no lo creo.

Habría ardlido el almacén, la estantería, el techo y tal vez las paredes; pero la Tabacalera no habrá perdido nada.

En removiendo las cenizas aparecerán los regueros intactos.

¡Apenas si son incombustibles!

Como que parecen hechos con amianto.

Dice «La Correspondencia»:

«Hace algún tiempo que la prensa italiana se ocupa demasiado del señor Pidal, embajador de España en el Vaticano, publicando caricaturas, versos y comentarios poco respetuosos para el representante de España cerca de León XIII.

Esto ha producido cierto disgusto ante algunos elementos conservadores, los cuales se quejan de que un representante de España en el extranjero sea objeto de críticas que concuerdan poco con el respeto á que tiene derecho.

Hay quien cree que el Gobierno vería en esto una razón más para sustituir con otro embajador al señor Pidal.»

Don Alejandro: ¿No oye usted que lo están pidiendo la dimisión?

¿Y no se ha enterado de que «El Nacional» dice que está usted en ridículo?

Quién le hubiese dicho al jefe de las honradas masas que andando el tiempo coincidirían contra él amigos y enemigos.

¿Lo que es un hombre pasado de moda? Nada.

RÉPLICA

Nuestro colega «El Porvenir» nos dedica un editorial de anoche, contestando á lo dicho por El Eco con motivo de la reunión minera que el pasado domingo se verificó en la Sociedad Económica.

El Eco, al reseñar esa sesión lo hizo inspirándose en las informaciones de los que á ella concurren, que opinaron entonces y siguen opinando hoy que el Sindicato es el único á quien compete la defensa de los intereses de esta sierra minera porque tiene la confianza unánime de todos los mineros.

El Eco, estimado colega, no se ha permitido nunca estampar en sus columnas ni el sarcasmo ni las horribles ironías que suponen se transparentaban en nuestra reseña, ni es de los que sólo escriben para justificar su fe de vida, siendo así que la tiene muy próspera y bien cimentada.

Por lo demás, reconocemos la buena intención que ha guiado y guía siempre al iniciador de la reunión minera, con cuya amistad nos honramos y cuyas iniciativas siempre han sido dignas del aplauso más sincero.

GIGANTES Y ENANOS

Recientemente un generoso donante dejó á la villa de Rouen una suma de más de cuatro millones para atender á una fundación creada por aquél para adjudicar anualmente un premio de 100.000 francos á la mejor pareja de gigantes, con objeto de contribuir y fomentar el aumento de talla de la raza humana.

Convenga á este propósito distinguir entre las diversas razas, establecer la talla media en cada una de ellas y conocer los límites entre los cuales oscila la del hombre.

Pueden dividirse las razas, por razón de la estatura de sus individuos, en razas

de estatura pequeña, ó sea inferior á 1'60 centímetros; razas de talla media, ó sea de 1'60 á 1'70 y razas de talla alta, ó sea superior á 1'70.

Las razas más pequeñas son las de los esquimales (1'58), los japones (1'53), los negritos de las Filipinas (1'50) y por último, los akkas del África meridional (1'42).

Los habitantes del Mediodía de Suecia, de Polonia, de Livonia, de la Ucrania, de Sajonia de Prusia, de Inglaterra, de América del Norte y los tártaros manchúes ó chinos, pueden calificarse entre las grandes razas.

Por último, los patagones tienen excepcional talla.

La de los franceses, como la de los españoles, es por término medio de 1'64 centímetros.

El mismo periódico de donde tomamos estos datos, la «Nouvelle Revue», cuenta una anécdota que demuestra los grandes inconvenientes de tener una descomunal estatura, cualidad que si puede servir para ganar 100.000 francos, puede ser también un constante suplicio.

Patrik O'Brien, un gigante que murió á principios de este año y que logró reunir una considerable fortuna exhibiendo su talla gigantesca de ocho pies y siete pulgadas, tuvo conocimiento de que varios sabios le seguían la pista, esperando su muerte para enriquecer con el famoso esqueleto sus Museos anatómicos.

Ante el temor de que fuese diseccionado su cuerpo como el de un pájaro, dejó un legado de 200 libras esterlinas en su testamento para aquel pescador que se comprometiese á arrojar al mar su cadáver.

El profesor William Hunter, que con más empeño que ninguno de sus compañeros vigilaba á O'Brien, tuvo un tremendo descoranto al conocer esta disposición del difunto, pero no se dio por vencido y supo hábilmente vencer la dificultad.

Dió á los pescadores encargados de arrojar al mar el cadáver una nueva suma de 200 libras, á condición de que antes de lanzar el cuerpo al agua le atarían una larga cuerda.

Los pescadores sintieron desvanecerse sus escrúpulos de conciencia con este subterfugio ante el premio prometido, y así lo hicieron.

Cuando quedó cumplida la última voluntad de O'Brien, Hunter extrajo el cadáver, le diseccionó y aún se conserva el esqueleto del gigante en un museo de Londres.

No era la añoranza del pasado, ni el dolor por el sacrificio realizado, sino porque Gustavo había dudado antes de darle la mano que Schwarz le tendía con tanta cordialidad. Desconocer un sacrificio ofrecido con tanto valor, era cubrirle de ridículo, ó por lo menos, ésta era la convicción de aquel que se sacrificaba. Gustavo, al mostrarse así, había sembrado el odio en el fértil campo del amor propio ofendido.

Pero aceptar un sacrificio de un rival, significa poner á los pies del otro el propio orgullo, el propio carácter y el propio «yo» moral; significa aceptar la limosna no pedida de una mano que la ofrece con un esfuerzo; significa recibir un bofetón moral, porque el orgullo quiere ser siempre acreedor y no deudor.

Por eso Gustavo, mientras bajaba las escaleras, saboreaba en su boca amarga ironía, y con los labios cerrados murmuraba entre sí:

—¡De bien en mejor! ¡Gracias, gracias! Ahora te verás obligado á inclinarte delante del señor Schwarz y á darle gracias diariamente por el favor recibido! ¡Qué bella perspectiva!

Y se sumergió en profundos y poco agradables pensamientos. Un melancólico eco de bregas y lejanos instantes felices permanecía aún en su corazón fatigado, que ahora ansiaba casi el eterno reposo y la nada,

mientras su espíritu entreveía todavía delante de sí una espiral de luz y un objeto. Existía en él algo, como un genio malo, que le daba el golpe de gracia; era un demonio que con una mano le enseñaba su propia persona pálida, fea y enclenque ya viuda, con su orgullosa belleza y marmórea tranquilidad.

Estaba de tal modo sumergido Gustavo en tales diversos sentimientos, que iba caminando sin saber á donde, cuando oyó una voz de bajo bien conocida, que canturreaba una canción alegre:

¡Hop, hop, hop, hop!
El zueco está bien herrado.

Miró alrededor; eran Wassikiewicz y Augustinowicz.

—¿A dónde te diriges?—preguntó el primero de los dos.

—¡Qué!... ¿dónde?—contestó Gustavo confuso. Y después de haber mirado el reloj, añadió:—Para ir á casa de la viuda es muy pronto. Haré un poco de tiempo en el club.

—Mejor es que vayas en seguida á casa de la viuda.

—A casa de la viuda.
—Entonces, adios.
—Hasta otro rato.

Gustavo apenas hubo dejado á los dos compañeros, se restregó las manos y una sonrisa de alegría iluminó su semblante. Se alegraba de que hubiesen cerrado el club, porque así desaparecía el peligro de que la viuda, al conocer la decisión de Schwarz con respecto á ella, tratase de volver al club para encontrarle.

El miedo de un tal peligro no carecía de fundamento, porque Gustavo se acordaba de que á pesar de todas sus súplicas y persuasiones, Elena no había querido nunca renunciar á ir al club, que únicamente le había persuadido á desistir de una cosa tan inconveniente.

—Ahora hasta ese peligro ha desaparecido,—dijo de nuevo á sí mismo Gustavo, mientras llamaba á la puerta de la habitación de la viuda.

—¿Cómo está la señora?—preguntó á la criada que había venido á abrir.

—De salud está bien,—contestó la criada.—Pero ya puede estar quieta un minuto y había continuado consigo misma.

Gustavo entró. La habitación de la viuda estaba formada de dos cuartos, cuyos ventanucos abían al